

Sobre una serie de cerca de doscientas puntas de flecha, lascas, raspadores y barrenos de pedernal y sílex, del río Negro, Patagonia; con algunos comentarios sobre la estabilidad de la forma observable en los implementos de piedra

Augustus Lane Fox Pitt-Rivers

La serie de puntas de flecha que se presenta aquí las obtuve hace unas semanas de parte del Sr. W. H. Hudson, quien las recogió en el valle del río Negro durante su estancia de un año allí, en 1870-1871. Son una selección de alrededor de 500 piezas, la mayoría de las cuales se rompieron, recogidas por él en varias localidades a lo largo de ambos márgenes del río, a una distancia de 150 km de su desembocadura. Una valiosa colección de aves obtenidas por el Sr. Hudson al mismo tiempo, ha sido descrita por él y el Dr. Sclater, en los *Proceedings of the Zoological Society* en 1872⁴.

Por una carta que me dirigió el Sr. Hudson, que acompañaba el traspaso de esos ejemplares a mi colección, parece que las puntas de flecha y otras obras de los indios, se encuentran en los sitios de antiguos pueblos, ya sea en el margen del mismo río, o en las lagunas largas y sinuosas, ahora en su mayoría secas, que cruzan en todas partes el valle. Los valles de esta región corren a través de la alta y aterrazada meseta, y en estas planicies no hay agua, y la vegetación es muy escasa, de modo que es improbable que alguna vez haya sido habitada.

Abajo en el valle, los sitios de los asentamientos son numerosos, a veces dos o más aparecen dentro de una zona de dos km cuadrados, pero, hasta hace poco, se hallaban ocultos debajo de un pastizal de juncos, cañas y varios centímetros de suelo.

En los últimos años el valle, que es de 10 a 15 km de ancho, ha sido saturado de ovejas, y la hierba y forraje, cortado por ellas en muchos lugares, ha desaparecido por obra de las largas y frecuentes sequías. El suelo ligero, no teniendo más algo que lo sujete, es arrancado por los vientos violentos del verano. En el verano de 1870-1871, cuando esta colección fue hecha, densas y ennegecedoras nubes de polvo se desplazaban todo el día sobre los valles, y el Sr. Hudson frecuentemente atravesaba muchos kilómetros “tan desprovistos de vegetación como la plaza Trafalgar”. En ciertos lugares, tanto como 30 cm de suelo habían sido removidos por el viento, y los largamente ocultos asentamientos y sitios de enterratorios de los indios habían quedado así expuestos.

El hallazgo del sitio de asentamiento o “paradero” se debe a la presencia de pequeños fragmentos de piedras quebradas artificialmente, los cuales abundan en el suelo. En algunos lugares estos fragmentos son todo lo que se ve, y el más cuidadoso recorrido nos recompensa con puntas de flecha u otra herramienta. En otros, el Sr. Hudson encontró juntos varios montículos circulares aplanados de unos 2 a 2,5 m de circunferencia. Se hallaron aquí puntas de flecha, cerca de tres cuartos de ellas rotas, al igual que morteros y *pestles* de piedra, fragmentos de cerámica rudamente decorados, trozos de conchas perforadas, y cuentas de huesos, frecuentemente coloreadas de azul, y bolas de piedra que varían mucho en tamaño y forma, siendo la más común una oval, con los extremos aplanados y una redonda que pesa cerca de un cuarto de kilo que tiene una leve

4 Nota del traductor: la publicación exacta corresponde a Hudson (1872).

hendidura alrededor de la mitad. Esta última es la *bola perdida*⁵, un arma todavía utilizada por los indios Pampa y Tehuelche. También son comunes fragmentos de hueso, la mayoría del pequeño *Ctenomys Magellanica* y *Cavia australis*. Fragmentos de huesos de guanaco y otros mamíferos grandes son comparativamente escasos⁶. El entierro se ubica generalmente a unos pocos kilómetros del asentamiento. Los esqueletos están dispuestos en una postura sentada, y cuentas de collar y flechas se encuentran a veces con ellos⁷.

En sus frecuentes visitas a los asentamientos, mientras armaba tan grande colección, el Sr. Hudson observó que en los distintos asentamientos había marcadas diferencias en la forma de hacer las cosas; en algunas las flechas eran extremadamente toscas y gruesas, en otras finas y elaboradas, pero a veces había diferencias también en el tamaño y la forma. Respondiendo a mi pregunta de si esta diferencia pudo deberse a la calidad de las distintas materias primas disponibles, me informó que el suelo de la Patagonia oriental, en los valles al igual que en las mesetas, consistía en rodados mezclados con arena, de manera que donde los talladores fijaran sus habitaciones los materiales de distintas clases para hacer sus flechas serían abundantes. Él no cree, por lo tanto, que las diferencias tipológicas entre los distintos asentamientos se deban a la causa expuesta por mí, sino que debe ser atribuida más bien a que algunas familias y ocupantes adquirieron más habilidades que otros y a la adquisición de una leve variación de formas. Sin embargo, aunque los materiales de todo tipo son abundantes en Río Negro, ellos no se encuentran en la Pampa, donde se hallan puntas de flecha y donde los materiales deben haberse llevado desde varios cientos de millas.

Uno de los principales puntos de interés conectados con el descubrimiento de estas puntas de flecha deriva de que su uso había sido abandonado por los Tehuelches y otras tribus habitantes de Patagonia hace algunos siglos atrás. Según el cónsul Hutchinson, los Mataguaya y Tobas son los únicos indios que usan el arco y la flecha al sur del Vermejo, que fluye de los Andes bolivianos al río Paraguay, en la latitud 27° S^{8,9}. Al sur de esta latitud no aparece sino hasta entre los fueguinos del Estrecho de Magallanes.

Le debo al Sr. Hudson el que llamara mi atención sobre la historia de Schmidl¹⁰, uno de los miembros de la expedición de Mendoza, quien ocupó Buenos Aires en 1535, y sobre la de Ruiz Díaz de Guzmán¹¹ quien escribió su historia en 1600. De estos trabajos, que no he podido consultar, me informa el Sr. Hudson que el arco y la flecha no se encontraban en uso en la época de la conquista, sino el dardo y la *bola perdida*, habiendo sido hallados en las manos de los aborígenes de las pampas de Buenos Aires en ese entonces.

5 Nota del traductor: Este concepto de *bola perdida* aparece en español y cursiva en el texto original.

6 Nota del autor original: M. Moreno, sin embargo, habla de la presencia de huesos de guanaco divididos longitudinalmente para extraer la médula.

7 Nota del autor original: según M. Moreno, los huesos de caballo no se encuentran en las tumbas.

8 Nota del autor original: "*Trans. Ethno. Soc.*" vol. iii. pp. 321-334.

9 Nota del traductor: se trata de la publicación de Hutchinson (1865).

10 Nota del traductor: Ulrich Schmidel fue el primer viajero y cronista alemán que llegó a Argentina (Schmidel 1903).

11 Nota del traductor: Ruiz Díaz de Guzmán fue el primer escritor y cronista nacido en la Gobernación del Río de La Plata y del Paraguay. Su obra más famosa se conoce popularmente como *La Argentina Manuscrita* (Díaz de Guzmán 1835).

Más al sur, en la vecindad de puerto San Julián, Pigafetta¹² menciona que dichos arcos y flechas eran usados por los indios Patagones en 1519. El Teniente Musters, R. N.^{13,14}, en su valioso artículo sobre las razas patagónicas que fue publicado en el primer número de la revista del Instituto, arroja ciertas dudas respecto de la exactitud de lo dicho por Pigafetta, y piensa que o se encontró con un grupo de fueguinos, o con indios Pampas que vivían en la costa más al norte, y da como razón para pensar así que él no encontró puntas de flecha más abajo al sur del río Negro. Debe admitirse, sin embargo, que la evidencia de Musters en esta materia, es meramente negativa, y como tal no debe compararse con la evidencia circunstancial de Pigafetta, quien, a partir de su descripción del asunto, claramente se refiere a los gigantes patagones y no a los diminutos fueguinos. El territorio parece haber sido escasamente poblado, según la descripción de Pigafetta, y esto, en alguna medida, podría dar cuenta de la escasez de puntas de flecha en esta zona.

Pigafetta dice:

“Al dejar las islas de San Telmo, San Nicolás y Santa Clara, subimos tan allá como los 49°30’ sur, donde descubrimos un puerto excelente (puerto San Julián), y como se aproximaba el invierno pensamos que era mejor repararnos aquí durante el mal tiempo. Pasaron dos meses sin que viéramos a los nativos del país. Un día, cuando menos lo esperábamos, un hombre de gigantesca estatura se presentó ante nosotros. Apareció casi desnudo sobre la arena, y cantando y bailando al tiempo que se ponía arena sobre la cabeza. El capitán envió a uno de nuestros marineros a la costa con la orden de imitar sus gestos como muestra de paz y amistad, los que fueron bien comprendidos, y el gigante se dejó llevar a una pequeña isla en donde el capitán había descendido. Este hombre era de tal estatura que nuestras cabezas llegaban casi a su cintura. Él era apuesto, su cara ancha y pintada de rojo, excepto por un anillo amarillo alrededor de sus ojos y pelo y dos manchas en forma de corazón sobre sus mejillas; su cabello, que era delgado, parecía blanqueado con algún tipo de polvo”.

Entonces, después de describir su vestimenta hecha con pieles de guanaco, dice: “Este hombre usaba una especie de zapato hecho de la misma piel”. Fue a causa de este calzado, que hacía parecer el pie de este hombre al de los osos, que Magallanes llamó a estas personas Patagones.

“Él sostenía un arco corto y macizo”, continúa, “cuya cuerda, algo más gruesa que la de un laúd, estaba hecha del intestino del mismo animal, y en la otra mano, sostenía flechas hechas de cañas cortas, con plumas en un extremo, similares a las nuestras, y en el otro, en lugar de hierro, una piedra de pedernal blanca y negra”^{15,16}.

En otros pasajes, Pigafetta habla también de las flechas de estas personas, y siempre en conexión con un pueblo de gran estatura. Haciendo, por lo tanto, la debida concesión a la exageración con respecto a la enorme altura de estas personas, no hay duda de que era una tribu de la raza tehuelche la que él describía; por lo tanto, podemos suponer que al menos una parte de esta raza estaba

12 Nota del traductor: se refiere al texto publicado por primera vez en Venecia en 1536 bajo el título *Relazione del primo viaggio intorno al mondo*. Una versión en español más fácil de conseguir es Pigafetta (1899[1536]).

13 Nota del autor original: “On the Races of Patagonia” de Lieut. Musters, R.N. ‘*Journal of the Anthropological Institute*’ vol. I. No. 2, Oct. 1871, p. 198.

14 Nota del traductor: se trata de la publicación de Musters (1872). Como se puede apreciar, la publicación referida no es de 1871, sino de 1872.

15 Nota del autor original: Pigafetta’s “*Voyage Round the World*”, Pinkertoln’s ‘*Travels*’ vol. xi. página 314.

16 Nota del traductor: se refiere a otra edición del libro de Pigafetta 1899[1536]).

armada con arco y flecha hace cuatro siglos^{17,18}. Pero sobre en qué período comenzó a estar en desuso, o qué causas pueden haber llevado a su abandono en una porción tan grande del continente sudamericano, no tengo conocimiento de que tengamos alguna prueba que mostrar¹⁹.

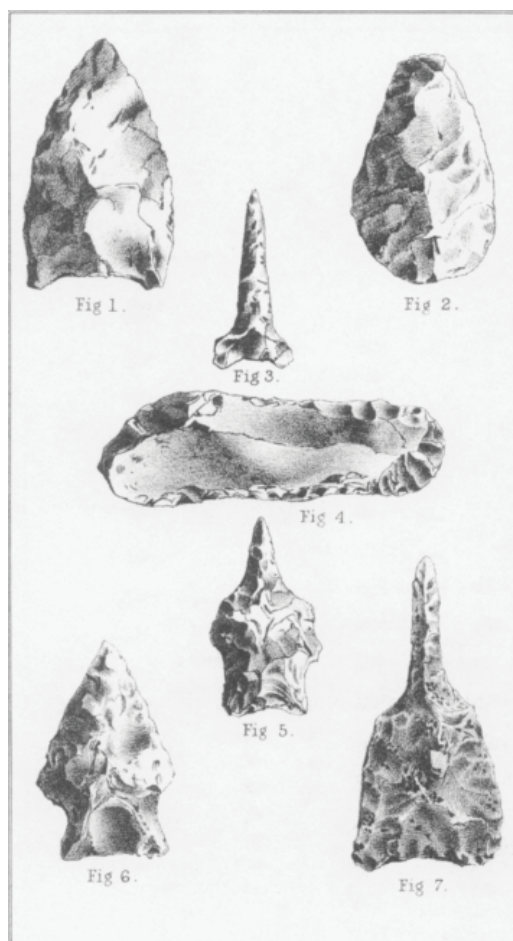


Figura 1. Contiene dibujos de cinco puntas de flechas, un raspador, y un perforador, del Río Negro, Patagonia.

Pigafetta también dice que con la misma piedra que usaban para sus flechas hacían también instrumentos para trabajar la madera. El teniente Musters nos cuenta que las únicas herramientas de pedernal hechas por ellos en la actualidad son raspadores, los cuales las mujeres mayores usan para raspar pieles. Se muestran dos o tres formas similares a raspadores que se encuentran en los campamentos, pero no tienen el tamaño suficiente como para ser empleadas convenientemente para preparar pieles. Uno de ellos, una lasca larga, biselada en su extremo (Figura 1:4), corresponde

17 Nota del autor original: al parecer flechas son mencionadas en estos lugares por Francisco Sarmiento de Gamboa en 1580. “*Description des Cimetieres et Paraderos Prehistoriques de Patagonie, par François P. Moreno fils.*”, “*Revue d’Anthropologie*”, tomo tercero, 1874, N° 1.

18 Nota del traductor: el artículo reseñado por el autor corresponde a Moreno (1874).

19 Nota del autor original: M. Moreno, en el artículo anteriormente referido, menciona que no fueron registrados huesos de caballo en asociados a las puntas de flecha, demostrando que su uso fue anterior, y en su opinión, que dicha discontinuidad fue consecuencia de la introducción de este animal.

a la forma conocida como *thumbflint*²⁰ en este país. Solo resta decir algunas palabras sobre las formas de las puntas de flecha y sobre las conexiones deducibles de ellas. Creo que, debido a nuestra incapacidad para comprender la condición mental no estructurada de los salvajes y las razas prehistóricas, a menudo perdemos de vista las deducciones extraíbles de la estabilidad de la forma observable en sus artes e instrumentos, y otorgamos menos importancia de la que debería darse a las pequeñas variaciones de la estructura. Ahora estamos comenzando a comprender qué concepto tan tosco acerca de los poderes superiores a nosotros, nuestro antropomorfismo nos ha formado de los tiempos pasados, nuestra visión autorreferente de los salvajes nos engaña igualmente por la tendencia a infravalorar el tiempo y el esfuerzo mental necesarios para la realización de pequeños cambios, por lo que no podemos apreciar la evidencia del origen común que nos ofrece el descubrimiento de que los implementos de tipo uniforme se reparten en grandes áreas geográficas.

En el último número de *Memoirs of the Geological Survey of India*, en un artículo sobre la *Geología de Pegu*, del Sr. Theobald^{21,22}, amablemente enviado por el autor, me alegré de ver que se había ocupado esta visión del sujeto, sin dogmatizar sobre lo que todavía debe considerarse como un problema sin resolver, y puede plantearse con seguridad como merecedora de la cuidadosa atención de los antropólogos.

Después de describir la similitud de las herramientas de piedra de India y Europa, dice, escribiendo desde Burmah, y aparentemente ignorante de los muchos arqueólogos prehistóricos de este país con puntos de vista opuestos:

“Hubo, sin embargo, objetores tan resistentes como para argumentar que tal similitud de monumentos, tanto industriales, fúnebres y religiosos, era simplemente el resultado de una similitud fortuita de las condiciones, parecería que se brindó anticipadamente una respuesta concluyente a tal suposición en British Burmah. Parece difícil imaginar qué condiciones diferentes podrían haber obtenido durante la infancia salvaje de nuestra raza en Burmah, mayor que la existente entre India y Europa; sin embargo, cruzando directamente desde la India, propiamente dicha, a los países que se encuentran al este de la Bahía de Bengala, encontramos implementos de piedra no menos abundantes que en otros lugares, pero de un tipo completamente diferente. Ya no encontramos el tipo familiar indoeuropeo, ya sea paleolítico o neolítico, sino uno aparentemente autóctono de los países Malayos, y, tanto en tamaño como forma y diseño, presentando divergencias considerables con respecto a cualquiera de los tipos ordinarios de armas encontradas en otro lugar”²³.

Cuando el Teniente Musters, hace unos tres años, tuvo la amabilidad de hacerme un regalo de una punta de flecha de la Patagonia, la primera, creo, de esa región que había sido traída a este país, me llamó la atención de inmediato, como también a otros a quienes la mostré, por ser del tipo americano, similar a las que se encuentran comúnmente en los suelos superficiales de los Estados Unidos. Si hubiera encontrado una punta de flecha en la superficie de un campo arado en Inglaterra, mientras buscaba las reliquias del hombre prehistórico, de inmediato habría conjeturado que posiblemente podría haber sido una punta de flecha estadounidense caída accidentalmente de un coleccionista; y, sin embargo, la diferencia entre esta y las del tipo europeo de punta de flecha

20 Nota del traductor: la traducción textual sería una *lasca de pulgar*, aunque no existe una traducción textual. Podría corresponder a una raspador en uña.

21 Nota del autor original: “*Memoirs of the Geological Survey of India*” vol. x. p. 2., “*Geology of Pegu*” de W. Theobald, Esq.

22 Nota del traductor: el artículo reseñado por el autor corresponde a Theobald (1873).

23 Nota del traductor: Theobald (1873:356).

con aletas, como podría haber esperado encontrar, consistía solo en la amplitud ligeramente mayor de la espiga y la dirección algo diferentes de las aletas.

Sin embargo, no habría sido seguro haber basado alguna suposición sobre las características de un único espécimen; pero ahora que tenemos ante nosotros esta gran colección de 200 especímenes, podemos afirmar con certeza que las puntas de flecha de estos primeros habitantes del Río Negro son casi idénticas en su forma, y probablemente similares en desarrollo, a las del Estados Unidos.

A pesar de la ligera diferencia de forma observadas en los diferentes campamentos por el Sr. Hudson, se verá, organizando la serie completa, linealmente, de acuerdo con sus afinidades, de la manera representada en la Figura 2, que hay una notable continuidad en toda la serie, cada forma pasa a la otra conectando enlaces, como es invariablemente el caso en las armas de los salvajes, de modo que podemos rastrear con certeza tolerable la secuencia de ideas por las cuales las formas más perfectas y mejoradas han surgido de la formas más rudas.

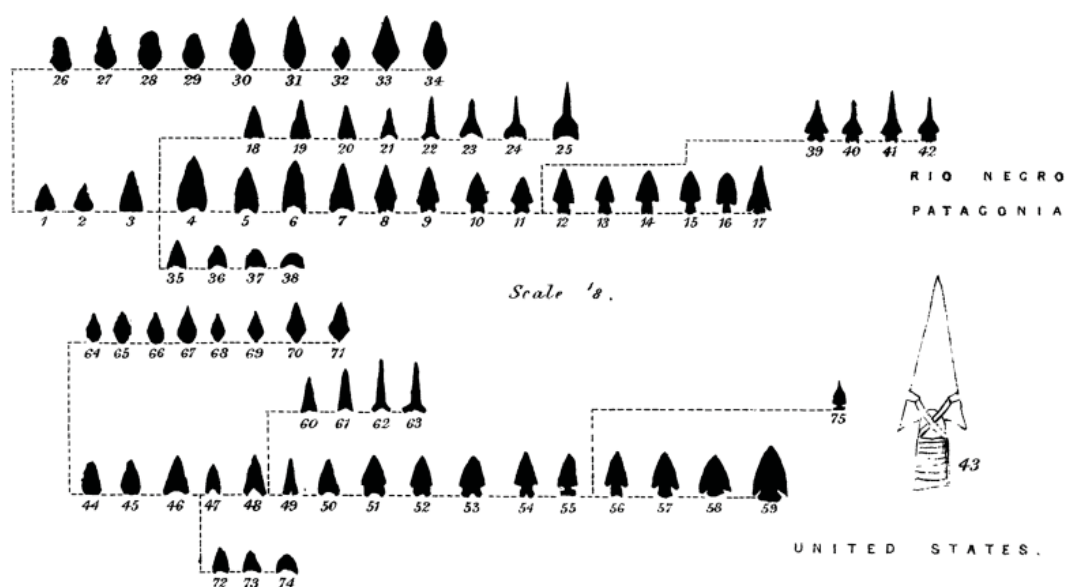


Figura 2. Contiene una serie de dibujos esquemáticos de puntas de flecha, reducidas a un octavo de su tamaño natural, mostrando su desarrollo paralelo en Patagonia y los Estados Unidos.

Las formas más toscas están a la izquierda. Al pasar la vista de izquierda a derecha, se puede observar una transición gradual a las formas más avanzadas.

Aquí, como en los Estados Unidos y Europa, tenemos cuatro tipos de puntas de flecha de la Patagonia: lozángica, foliácea, triangular y con aletas; pero, mientras que en Europa la forma foliácea es, con mucho, la forma más común, estos especímenes concuerdan con los de los Estados Unidos al presentar pocos ejemplares de esa variedad. La forma lozángica también es rara en los Estados Unidos, y en esta serie solo hay dos especímenes –los números 33 y 34 de la Figura 2– que se acercan a esa forma, si es que puede ser reconocida en absoluto en la colección que tenemos ante nosotros. La forma triangular es común en las tres localidades, y en las tres hay subvariedades de estas con bases rectas y cóncavas. Pero, es en la forma de la espiga o base de la variedad con aletas que radica

la diferencia distintiva entre las puntas de flecha europeas y americanas, y en este sentido, las puntas de flecha patagónicas se parecen mucho a las encontradas en los Estados Unidos.

La espiga de la punta de flecha con aletas europea parece haberse introducido al reducir la mitad inferior de las puntas foliáceas o lozángicas, o la de la simple lasca, que, cuando se forma de un pedernal homogéneo, asume naturalmente la forma foliácea en el acto de ser extraída del núcleo. La unión que aseguraba la espiga al vástago era enrollada en espiral alrededor del extremo de éste, abrazando la espiga de la punta de flecha entre las aberturas del vástago; una espiga estrecha correspondiente a las dimensiones del extremo del vástago debe, por lo tanto, haber sido utilizada desde el principio.

Pero al dirigir la mirada de izquierda a derecha a lo largo de la serie de puntas de flecha patagónicas, como las he dispuesto en los números 1 a 17 en la Figura 2, parece probable que la forma triangular fue la primera en sugerirse al salvaje americano. Probablemente estaba unida al vástago como aparece unida entre los indios californianos, que ahora la usan (Figura 2:43), y como se la encuentra unida a los arpones cortos, de los que forman parte, en las tumbas peruanas, por medio de una cuerda de tripa o algodón pasando transversalmente y abrazando los lados de la punta de flecha triangular, cuya base se proyecta a cada lado del vástago.

Con el fin de proteger los bordes del hilo, que pasa por los lados de la punta de flecha, de la lesión que provocaría al penetrar en los animales a los que se disparó, la parte de los lados contigua al hilo se mejoró deprimiéndosela un poco (Figura 2:8-10), permitiendo que la parte del pedernal que estaba antes del hilo se proyecte, a fin de proteger este de la fricción contra la sustancia perforada. Este hombro sobresaliente parece haberse desarrollado en una aleta en los especímenes más avanzados (Figura 2:11-17), mientras que la base, reducida por la parte extraída para recibir la cuerda, disminuyó gradualmente en una espiga. Todavía, sin embargo, retiene la marca de su origen por ser más ancha que la espiga de las formas con aletas europeas, y al retener en algunos casos la concavidad en la base (Figura 2:6-11, y Figura 1:6). Esto último nunca se ve en las espigas de los especímenes europeos, sino solo en los de los Estados Unidos y la Patagonia²⁴.

Parece probable, por lo tanto, que en Europa y América, la misma, o casi la misma, forma de punta de flecha con aletas haya sido producida por diferentes líneas de desarrollo, y que en los Estados Unidos y la Patagonia el desarrollo ha sido el mismo. En la Figura 2, números 44 a 75, se aprecia la organización de una serie de puntas de flecha norteamericanas que muestran un desarrollo similar²⁵.

Solo sé de un ejemplar europeo, de Escandinavia, presentado en el trabajo del profesor Nilsson, que se parece al tipo estadounidense. Es triangular, con muescas laterales, pero tiene una base recta.

Si por el color de la piel, el cabello y otras peculiaridades físicas, el profesor Huxley y otros han reconocido a los habitantes de los dos continentes de América como de la misma estirpe primitiva ¿No podemos considerar que las similitudes que se han notado indican una probable identidad de cultura?

24 Nota del autor original: es probable que en algunos casos esta reducción de los costados de las puntas de flecha triangulares haya sido introducido para permitir que fuera insertado en la cavidad del vástago, y así que sea desmontado del vástago en la herida; pero en la mayoría de los casos la extensión de la espiga en la base me parece a mí que prueba que estuvieron amarradas, como en el caso californiano. Sea cual sea el objetivo, aplica igualmente para ambos países.

25 Nota del autor original: vale la pena señalar que las puntas de flechas triangulares fueron raras vez o nunca usadas por los esquimales, y que el enlace cruzado nunca fue empleado por ellos.

Sin embargo, sería contrario a la experiencia esperar que formas de implementos en regiones tan distantes entre sí como los Estados Unidos y la Patagonia deberían ser perfectamente idénticos. Hay una variedad en la serie que tenemos ante nosotros que, hasta donde yo sé, parece ser única. Algunas de las puntas de las variedades triangulares y de aletas son muy alargadas y cónicas, dando a los lados de la punta de flecha, en esa parte, una forma cóncava, y estas puntas alargadas parecen haberse desarrollado y se han utilizado como barrenos para perforar agujeros en sustancias duras. (Figura 2:23-25, y Figura 1:5) De este barreno totalmente desarrollado, se exhibe un espécimen muy bien definido y elaborado (Figura 1:7). La pieza 75 de la Figura 2, del Mississippi, es el único otro ejemplo de esta forma que he visto; está en la colección de Christy, pero difícilmente puede considerarse típico.

El Profesor Nilsson, en su trabajo sobre la *Edad de Piedra de Escandinavia*²⁶, traducido por Sir John Lubbock²⁷, afirma que los fueguinos usan sus puntas de flecha como cuchillos, como hacen los Kaffirs con las puntas de hierro de sus azagayas. El indio patagónico sin duda las usaría para el mismo propósito, y al taladrar agujeros con su punta de flecha, se vería obligado a adaptar la punta a este propósito, y gradualmente a construir perforadores especiales de esa forma. El parecido entre los barrenos patagónicos completamente desarrollados expuestos aquí y algunos de los perforadores de pedernal europeos encontrados en los suelos superficiales es muy cercano, pero no creo haber notado alguna punta de flecha europea que parezca haber sido especialmente modificada para perforar.

Hay también algunas variedades de puntas de flecha norteamericanas que no están representadas aquí, como, por ejemplo, una en forma de cincel y una variedad particular de las de aletas, con muescas laterales profundas, y aletas que se extienden hasta la línea de la base (Figura 2:58-59).

Aquí, como en América del Norte, Europa y Japón, encontramos uno o dos ejemplos de puntas de flecha con los lados cuidadosamente dentados. La estrecha semejanza de estos especímenes dentados de diferentes países puede tomarse, a primera vista, como una evidencia especial de conexión, pero me inclino a atribuirle menos importancia a esta identidad de origen que a otras formas de implementos. El modo de trabajar pedernal y otros materiales que se desprenden con una fractura concoidea, al quitar lascas y dejar facetas desde el borde alternativamente en lados opuestos, produce naturalmente un borde más o menos aserrado, como consecuencia de la proyección de los bordes entre las facetas. Un borde perfectamente aserrado, por lo tanto, me parece que es un refinamiento de la mano de obra producido por la profundización de las facetas, que podría o no podría haberse producido de forma independiente en diferentes países.

Espero no haber abusado de la paciencia de la audiencia al detenerme demasiado en estos detalles de la construcción, al describir lo que debemos considerar como parte de la escritura de las edades prehistóricas²⁸. Si vamos a estudiar los implementos de salvajes, debemos esforzarnos por considerarlos como lo habrían hecho los propios salvajes. Por más triviales que puedan parecernos algunos de estos detalles, debemos recordar que para el indio, que vive de la caza, una mejora en el

26 Nota del traductor: la tercera edición de este libro fue traducida y publicada por Lubbock en 1868. Ver Nilsson (1868[1838-1843]).

27 Nota del traductor: para más detalles se puede revisar la publicación de Lubbock (1868).

28 Nota del traductor: claramente, los talleres líticos antiguos aflorando en un arenal de la costa o en el desierto debieron estimular las mentes de los expertos talladores más modernos a su vista, convirtiéndolos de hecho en una escritura o información relevante para comprender sus propias modificaciones de la técnica.

modo de fijar una punta de flecha, que afecta, como lo hace, sus medios de subsistencia, debe haber sido más importante para él que una mejora en un telégrafo o una máquina de vapor puede ser para nosotros, y debe, por lo tanto, haber recibido la atención de los mejores intelectos de su época; y como sabemos que es solo por la evolución gradual de las ideas científicas que las mejoras modernas se han producido, así que también debemos buscar etapas similares de evolución en las simples artes de salvajes. Al tratar de resolver el problema de la unidad o la diversidad del origen de la cultura de diferentes áreas geográficas, es solo comparando, por medio de estos detalles, como los cursos de su desarrollo en diferentes países, que podemos abordar con alguna esperanza de éxito, lo que el profesor Nilsson ha llamado justamente “uno de los grandes enigmas aún no resueltos de la ciencia antropológica”²⁹.

29 Nota del traductor: aunque la cita no es textual, proviene de Nilsson (1868[1838-1843]:35).